

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- ¿De dónde podría venir un nuevo conflicto mundial?
- La sucesión de Tito : ¿Riesgo de inestabilidad en Yugoslavia?

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Marzo/1980

No

72

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**lutte
ouvrière**

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 150 FF (\$ 33)

Otros países 170 FF (\$ 40)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE PB 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista norteamericano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Seis meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

*Para el extranjero, pagar de preferencia
por giro postal internacional*

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT MI 48231 USA

ANTILLAS

Semanario trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año 100 FF

Seis meses 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac-CCP 32566 71 La Source

Correspondencia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214-97110 Pointe-à-Pitre-Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier-BP 145 75023 Paris

ÁFRICA

**Mensual trotskista de idioma francés,
editado por UATCI (Unión Africana de
Trabajadores Comunistas e Internacio-
nalistas).**

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año . FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier

BP 145 75023 Paris Cedex

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs»

**THE
SPARK**

**COMBAT
OUVRIER**

Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskyste)

Pour la construction
d'un parti ouvrier
révolutionnaire en
Martinique et en
Guadeloupe
Pour l'émancipation
des peuples de
Martinique et de
Guadeloupe
Pour la reconstruction
de la IVème
Internationale



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

UNION AFRICAINE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONAUX

AVISO AL LECTOR DE LENGUA ESPAÑOLA

Esta revista se presenta bajo una forma inhabitual : en dos idiomas. Cuando se abre en este sentido, se puede leerla en español, cuando se le da la vuelta se puede leerla en inglés.

Para leerla sin dificultad, a partir de aquí, lean solamente las páginas de la derecha (el texto inglés se presenta al revés en la páginas de izquierda).

Los artículos contenidos en esta revista son traducciones de textos escritos en lengua francesa, y ya publicados en **Lutte de Classe** o **Lutte Ouvrière**.

Se ruega al lector de lengua española perdonar posibles errores de traducción.

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

**Página 2 ¿De dónde podría venir un nuevo
conflicto mundial ?**

**Página 14 La sucesión de Tito: ¿Riesgo de
inestabilidad en Yugoslavia?**

NÚMERO 72

¿DE DÓNDE PODRÍA VENIR UN NUEVO CONFLICTO MUNDIAL ?

Desde la intervención rusa en Afganistán, las alusiones a posibilidades de guerra se han multiplicado en las declaraciones de los dirigentes occidentales. En su discurso anual sobre *«el estado de la Unión»* Carter declaró que los Estados Unidos estaban listos para intervenir, *«incluso mediante el empleo de la fuerza armada»*, contra *«cualquier ataque exterior en la región del Golfo Pérsico»*. Giscard y Schmidt aprovecharon su último encuentro para recordar que en caso de conflicto Francia y Alemania Federal seguirían fieles a la alianza atlántica. En cuanto a Thatcher, ha proclamado que en tal caso, Gran Bretaña estaría lista para intervenir al lado de su aliado norteamericano.

Por supuesto sólo se tratan aquí de declaraciones. Y las declaraciones guerreras sirven muchas veces sólo a disimular una inacción de hecho. Y de eso se trata en el caso de Afganistán. El imperialismo norteamericano protesta y amenaza, pero en el fondo, sin duda, no está tan descontento de la situación, ya que la intervención de la URSS en Afganistán no se opone tanto a sus intereses. En efecto, en Afganistán, el imperialismo tendría que temer mucho más del triunfo de una revolución islámica análoga a la de Irán, que de la instauración de un

gobierno más directamente controlado por la URSS. Y precisamente es por eso que Carter enarbola la amenaza de una intervención militar, no para exigir el retiro del ejército ruso de Afganistán... sino en caso que los intereses norteamericanos estuvieran amenazados en Pakistán o en el Golfo Pérsico.

Sin embargo, todo eso no significa por lo tanto que sea imposible un nuevo conflicto mundial.

Desde el fin de la segunda guerra mundial, el mundo conoció un periodo de paz (no obstante relativa, ya que marcada por numerosas guerras coloniales, por intervenciones armadas de las grandes potencias y por conflictos limitados) de treinta y cinco años, mientras que menos de veinte y cinco años bastaron para llevar de la primera, «la última de las últimas», a la segunda. Pero durante esos treinta y cinco años, en el plano diplomático, (instauración, por ejemplo, del «Pacto Atlántico» por un lado, del «Pacto de Varsovia» por el otro) así como sobre el plano estrictamente militar, las grandes potencias no dejaron de prepararse a la posibilidad de un nuevo conflicto general. Y si se preparan a ello, es porque lo creen posible.

Creer que el equilibrio de las fuerzas, o que el poder destructor de

las armas modernas, «el equilibrio del terror», haría imposible desde ahora la guerra, sólo resulta ser una manera de tomar sus deseos por realidades. El único problema que puede discutirse en lo que concierne un nuevo conflicto mundial, no es pues el preguntarse si éste es posible, ya que la perpetua carrera al armamento, constituye una respuesta positiva suficiente a esta pregunta. El único problema que se puede discutir consiste en saber ¿de dónde un nuevo conflicto mundial podría surgir? ¿cuáles serían los mecanismos que lo podrían crear? ¿los mismos que antes u otros?

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL : UN CONFLICTO INTER IMPERIALISTA

La primera guerra mundial fue esencialmente, una lucha mundial por un nuevo reparto del mundo entre dos grupos de potencias imperialistas. Si unos veinte países fueron arrastrados en este conflicto, cada cual con sus propias metas, al origen de esta guerra había en efecto esencialmente la rivalidad que oponía por un lado Gran Bretaña y Francia, cada una provista de un inmenso imperio colonial, y por otro lado Alemania que había emprendido más tardíamente la caza a las colonias, y que tuvo que contentarse con unas posesiones africanas.

El imperialismo alemán esperaba, por la fuerza de las armas, llegar a un nuevo reparto de los imperios coloniales, más conforme a sus ambiciones y a su potencia económica.

El conflicto, en el cual los imperialismos europeos se agotaron durante años, fue finalmente arbitrado por un cuarto ladrón, el imperialismo

norteamericano, que, al no hallarse directamente interesado por el reparto colonial (poseía su propia zona de influencia en América Latina) se había quedado neutro al principio de la guerra, pero que quería suprimir cualquier riesgo de ver, sea Alemania llevarse la victoria y convertirse en un rival invencible, sea al contrario a los aliados ganar solos y obtener así los medios de aumentar su potencia con respecto a los USA. La entrada en el conflicto de los Estados Unidos, en 1917, hizo de Francia y Gran Bretaña los vencedores de la primera guerra mundial.

El tratado de Versalles que Gran Bretaña y Francia impusieron al vencido, acentuó aún más el desequilibrio entre los imperialismos europeos. No sólo se amputó a Alemania de gran parte de su territorio metropolitano, si no que también se le confiscó sus colonias (Camerun, Togo, Sur-Oeste africano, África oriental alemana) que Francia, Gran Bretaña y Bélgica se repartieron bajo la égide de la «Sociedad de las Naciones». No hay pues nada sorprendente en el hecho que, las mismas causas produciendo los mismos efectos, el imperialismo alemán se haya lanzado de nuevo, veinte años más tarde, en una nueva tentativa de revisar el reparto del mundo a su provecho.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL : DOS CONFLICTOS INTER IMPERIALISTAS

Pero durante la segunda guerra mundial, a la antigua rivalidad entre los imperialismos europeos vino añadirse la que oponía en el Pacífico los imperialismos japonés y norteamericano.

El expansionismo del imperialismo japonés fue revelado, antes del

principio de la segunda guerra mundial, por sus intervenciones en Manchuria (1931), en Mongolia (1934) y en China propiamente dicha (a partir de 1937). El sueño de construir a su provecho «una Gran Asia oriental» le oponía no sólo a los imperialismos europeos que poseían colonias en esta parte del mundo (Inglaterra, Francia y Holanda), y que se verán más o menos impedidos de intervenir allá a partir de 1940, sino también al imperialismo US, dueño de las Filipinas y también importante ribereño del Pacífico.

Hasta finales de 1941, la segunda guerra mundial fue ante todo una guerra europea. Después de la entrada en guerra de los USA, fue constituida por la yuxtaposición de los conflictos diferentes que sólo estaban unidos por la presencia de los USA en el uno y en el otro: la guerra europea (en la cual el imperialismo norteamericano, así como en 1917, quería esencialmente impedir el nacimiento de una superpotencia alemana), y la guerra del Pacífico (en la cual defendía intereses económicos mucho más inmediatos).

El hecho que la URSS ha sido arrastrada en la guerra a partir de junio de 1941, y que el frente ruso ha desempeñado un papel considerable en la derrota del imperialismo alemán, no cambia nada al hecho que la segunda guerra mundial ha sido ante todo un enfrentamiento inter-imperialista. La URSS no podía (y a pesar de todas las ilusiones y los esfuerzos de sus dirigentes, de ello hizo la triste experiencia) permanecer fuera del conflicto. Pero, en lucha contra los japoneses en Mongolia en 1939, considerada como la aliada de Hitler a partir del Pacto germano-soviético de agosto de 1939, amenazada de una intervención franco-inglesa en el frente de Finlandia de

enero-febrero de 1940, la URSS hubiera podido ser arrastrada tanto por un lado como por el otro. Y fue finalmente la agresión alemana que de ella hizo la aliada de los anglo-americanos.

DESPUÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, ¿ES POSIBLE UN NUEVO CONFLICTO INTER-IMPERIALISTA ?

Así, excepto unas variantes, es el mismo tipo de mecanismo que condujo a la guerra en 1914-17, y en 1939-41. Pero algo es seguro, es que este tipo de mecanismo ya no puede existir hoy.

En efecto, las dos primeras guerras mundiales tuvieron por causa principal las rivalidades de las potencias imperialistas para repartirse las colonias. Ahora bien, el final de la segunda guerra mundial dió precisamente la partida a un importante movimiento de descolonización, que en unos veinte años acabó con la existencia de todos los imperios coloniales. Evidentemente, eso no significa que los pueblos que lograron imponer su independencia al imperialismo ya no estén explotados por éste. Eso no significa tampoco que las rivalidades inter-imperialistas para saber quién va a aprovecharse más de tal explotación, hayan desaparecido. Pero la explotación imperialista se hace de otra manera, y las rivalidades inter-imperialistas se expresan diferentemente.

El hecho colonial, significaba en efecto que la metrópoli imperialista establecía un control político y militar directo sobre sus colonias, y que se daban los medios de asegurarse eventualmente un monopolio, tanto en lo que concierne la exportación de sus productos manufacturados o de sus capitales, como en la importación de las materias primas o de la producción agrícola de dichas

colonias. Y, por supuesto, un imperialismo rival sólo podía esperar penetrar económicamente en los territorios coloniales de los demás, si lograba expulsarles militarmente y tomar la plaza.

La accesión de las antiguas colonias a la independencia política formal no rompió todos los vínculos de dependencia que las unían a las metrópolis imperialistas. Mediante acuerdos económicos, mediante la pertenencia a su zona monetaria, la «asistencia» militar, las antiguas potencias colonizadoras guardan generalmente relaciones privilegiadas con sus antiguas colonias. Pero, para lo esencial, ya no existen hoy «cotos reservados». Al proteccionismo colonial (en favor de la potencia colonizadora, claro está) ha sucedido un imperialismo de libre competencia, que deja a cada potencia imperialista la posibilidad de invertir ahí donde quiere, de así afrontar libremente a sus rivales en el conjunto de sus antiguas colonias.

Esta evolución por supuesto aprovechó ante todo al más potente de los imperialistas, el imperialismo norteamericano, que pudo así en todas las antiguas posesiones asentarse económicamente de los imperialismos declinantes de la vieja Europa. Además, en la época, vió favorablemente el que las colonias conquistaran su independencia. Y un regreso hacia atrás, una vuelta al colonialismo abierto está excluido, no sólo porque se encargaría con la resistencia de pueblos que se han abierto a una vida nacional, sino también porque se enfrentaría a la oposición del más potente de los imperialismos.

La superioridad económica y militar de los Estados Unidos, con respecto a los demás países imperialistas es tal además que, incluso si una nueva guerra imperialista por el reparto del mundo tuviera un sentido

(lo que no es el caso, acabamos de verlo), ningún otro país imperialista sería capaz de enfrentar los Estados Unidos.

En cuanto a un conflicto entre potencias imperialistas de segundo orden, no podría estallar sin que los USA impongan, de entrada, su arbitraje.

La tercera guerra mundial, si tiene lugar, (y tendrá lugar necesariamente si la revolución socialista no viene impidiéndolo) no será pues un conflicto inter-imperialista. Opondrá necesariamente (y eso corresponde a la contradicción principal de nuestro mundo, en torno a la cual se articula toda la política internacional desde 1945), el bloque imperialista dominado por los USA por un lado, y el bloque formado por la URSS y sus aliados por el otro.

Pero tal afirmación, que casi es una evidencia, no soluciona por lo tanto la cuestión del mecanismo que podría ocasionar un conflicto militar abierto y directo entre esos dos bloques.

¿ES POSIBLE UN AFRONTAMIENTO OESTE-ESTE POR LA CONQUISTA DE NUEVOS MERCADOS ?

Lo primero que se puede preguntar a este propósito consiste en saber si el imperialismo podría considerar una guerra contra la URSS y sus aliados, que tuviera como razón principal la conquista de los mercados que éstos representan.

¿Podría el imperialismo, por ejemplo, en caso de crisis económica mayor, tratar de encontrar una salida a ésta, lanzándose a la conquista de la URSS y de las Democracias Populares ? Es por lo menos poco verosímil, ya que no se ve lo que tal guerra podría traerle, en frente de lo que podría costarle.

El imperialismo norteamericano (puesto que él sólo podría hoy, políticamente y militarmente, tomar la iniciativa de una guerra contra la URSS) no se encuentra en la situación en que se hallaba en 1914 y 1939 el imperialismo alemán, al estrecho en el marco de sus fronteras nacionales, y soñando en derribar de éstos la sujeción, en conquistar «su espacio vital». El imperialismo norteamericano domina hoy la mayor parte del mundo. Comparativamente a la zona de influencia de este imperialismo, el bloque soviético sólo representa en fin de cuentas poca cosa (una décima parte de la población mundial). E incluso suponiendo que las potencias imperialistas logren conquistarlo, ello no les daría nuevas posibilidades económicas.

Es además sin duda a esta situación a la que hay que atribuir, al menos en parte, los treinta y cinco años de relativa paz que el mundo ha conocido desde 1945, después de dos guerras mundiales sucesivas.

En cuanto a pensar que podría ser la URSS la que, para conquistar mercados, entable una guerra contra el imperialismo, tal suposición está desprovista de sentido. Por una parte, porque la propiedad colectiva de los medios de producción y la planificación —incluso burocrática— darían sin duda al Estado soviético, si fuera preciso, otros recursos para resolver sus problemas de inversión, que los que puede utilizar el imperialismo. Por otra parte, porque de todas maneras, es un problema que no podría plantearse actualmente a la URSS: su economía es aún una economía de penuria, a la cual falta mucho para sacar excedentes notables de producción a exportar, o capitales en busca de inversión.

Casi no hay ningún terreno en el cual la URSS disponga de un exceso

de producción a exportar. Su tecnología en su totalidad es muy inferior a la de los países capitalistas avanzados, y es a ellos que recurre cuando le hace falta maquinarias, instalaciones perfeccionadas, como lo muestran las adquisiciones de fábricas enteras, «llaves en mano», a los países occidentales. Y el retraso industrial de la URSS se repercute igualmente sobre el plano de la producción agrícola. Por falta de una producción suficiente en máquinas agrícolas, de una industria química capaz de entregar la cantidad de fertilizantes que sería necesaria para obtener rendimientos agrícolas que serían comparables a los de los países capitalistas avanzados, la URSS ni siquiera es capaz de bastarse a sí misma sobre el plano de la producción alimenticia, como acaban de recordarlo las restricciones decididas por Carter a la exportación de cereales norteamericanos en la URSS.

En realidad, si se encuentran ciertos productos rusos en venta en los almacenes occidentales, es sobre todo porque es una manera de hacer entrar divisas necesarias al pago de las importaciones que necesita la URSS. Y si la URSS no está más presente sobre los mercados occidentales, es simplemente porque no tiene gran cosa que exportar, puesto que le son abiertos al mismo título que los demás países.

¿EXISTE UN EXPANSIONISMO RUSSO ?

El hecho que la URSS no tenga ni productos, ni a fortiori capitales que exportar, no significa por lo tanto que sea por naturaleza incapaz de recurrir a las armas para aumentar su zona de influencia, o para consolidarla. Ya se comprobó por el pasado.

En 1939-40, la Rusia de Stalin aprovechó de sus buenas relaciones momentáneas con el imperialismo alemán para anexionar Ucrania occidental (durante el reparto de Polonia de septiembre de 1939, en aplicación del pacto germano-soviético), Carelia finesa (en marzo de 1940, después de una guerra difícil contra Finlandia), los Estados Bálticos (que, después de un ultimatum de la URSS, se sometieron sin lucha en junio-julio de 1940), Besarabia y Bukovina occidental (que Rumania «aceptó» entregar, a la misma época, e igualmente después de un ultimatum ruso).

En 1944-45, la URSS que se encontraba esta vez en el campo del imperialismo norteamericano, y por la misma ocasión en el de los vencedores, veía sus anexiones del período precedente confirmadas, y añadía la de una parte de la Prusia oriental y se constituía, con las futuras Democracias Populares un «glacis» protector que ocupaba militarmente.

Desde entonces, intervino dos veces por las armas, a gran escala, para fortalecer su influencia sobre países de este glacis que amenazaban con escaparle (en Hungría, en 1956, y en Checoslovaquia, en 1968). Y acaba recientemente de probar en Afganistán que era totalmente capaz de intervenir militarmente para tratar de mantener sus posiciones, en un país de su zona de influencia.

La burocracia rusa nunca retrocedió ante un saqueo económico provechoso, cuando tenía la posibilidad de ello.

No está animada, claro está, por las mismas razones económicas que las potencias imperialistas, puesto que no tiene gran cantidad de mercancías, ni capitales que exportar. Sin embargo esto no le impide llevar a cabo una cierta política expansionista. Desde hace mucho

tiempo ha mostrado el desprecio que profesaba para los derechos de los pueblos a disponer de sí mismos. No ha dejado pasar ninguna oportunidad de aumentar su territorio y su zona de influencia.

¿PUEDE EL EXPANSIONISMO RUSO CONducIR A UN CONFLICTO CON EL IMPERIALISMO ?

En un cierto número de casos, es con la bendición franca del imperialismo dominante entonces en la región que la URSS se ensanchó, o que redondeó su zona de influencia. Así es como la anexión de la parte oriental de Polonia, en 1939, fue negociada directamente con el imperialismo alemán, a cambio de la neutralidad rusa en el conflicto. Es también así como la ocupación militar de Europa oriental, en 1944-45 (incluso de Bulgaria, que no estaba en guerra con la URSS) se hizo con el acuerdo del imperialismo norteamericano, que le dejó esta zona de influencia, durante los acuerdos de Yalta y de Potsdam, a cambio del papel de gendarme contrarrevolucionario que la burocracia rusa estaba dispuesta a desempeñar.

En otros casos, las intervenciones militares de la URSS fueron denunciadas por el imperialismo. Sin embargo a éste no le desagradaba, y no tenía por lo tanto ningún motivo para intervenir. Es así como las potencias occidentales se abstuvieron de intervenir durante los acontecimientos de Hungría y de Checoslovaquia, contentándose con criticar abiertamente la intervención rusa, ya que sin duda no estaban descontentas de ver la burocracia soviética hacer reinar «el orden» en su zona de influencia. Y la intervención rusa en Afganistán cuadra

sin duda en el mismo marco, puesto que si los dirigentes norteamericanos hicieron mucho ruido acerca de esta intervención (lo que era de buena guerra diplomática), se abstuvieron de intervenir, muy contentos en realidad de ver la URSS volverse tan impopular como ellos mismos en el mundo musulmán, y en nada deseosos de ver una «república islámica», análoga a la que nació hace un año, instaurarse en Afganistán si la guerrilla triunfase.

En otros casos, por fin, la URSS aprovechó simplemente de las circunstancias, los dirigentes rusos habiendo calculado lo que las potencias imperialistas les dejarían hacer sin intervenir. Fue sin duda el caso con las anexiones que la URSS realizó en junio de 1940, durante el punto culminante del conflicto entre los imperialistas alemán y anglo-francés, y con la acentuación de su control sobre las Democracias Populares, al principio de la guerra fría.

Las diferentes anexiones e intervenciones militares a las cuales la burocracia rusa ha procedido desde hace 41 años no están de ninguna manera en contradicción con su política de busca de un estatu-quo con el imperialismo.

Por eso se puede pensar que en lo que concierne al porvenir, los dirigentes soviéticos sin duda no vacilarán en aumentar aún su zona de influencia si la ocasión se presenta, pero que sólo lo harán si piensan que no arriesgan un conflicto abierto y directo, con el imperialismo. Es decir, el expansionismo ruso sólo podría provocar una reacción del imperialismo que conduciría a un conflicto mundial si los dirigentes rusos hicieran un error de cálculo, lo que en realidad —si se juzga por la experiencia anterior— es poco probable.

EL MANTENIMIENTO DEL ESTATU-QUO NO DEPENDE ÚNICAMENTE DEL IMPERIALISMO Y DE LA URSS

Sin embargo, el mantenimiento del estatu-quo no depende únicamente de la buena voluntad de la URSS y del imperialismo. Desde que al poder de los soviets verdaderos ha sucedido el poder de la burocracia, el objetivo supremo de la política exterior de la URSS es la «coexistencia pacífica» con el imperialismo. Desde 1945, la preponderancia del imperialismo US es tal que ha hecho de la totalidad del mundo capitalista su zona de influencia, y que no se ve demasiado qué ventajas económicas podría sacar de un conflicto con el bloque soviético. Sin embargo el equilibrio entre los dos campos siempre se vuelve a plantear con la intervención de fuerzas sociales y políticas que ni la URSS ni el imperialismo dominan.

En el mundo capitalista, el más importante de estos factores de inestabilidad está constituido desde el final de la segunda guerra mundial por la lucha de los pueblos de los países dominados por el imperialismo, que tratan de escapar de la influencia de éste.

Como ya pudimos decirlo, el imperialismo norteamericano vió sin desagrado la desaparición de los antiguos imperios coloniales, en la medida en que la accesión a la independencia política formal de esos países le permitía hacerlos pasar más fácilmente bajo su dominación económica. Pero por otro lado, en su lucha contra el imperialismo que los mantenía bajo el yugo colonial, ciertos movimientos de emancipación nacional podían ir en busca de apoyos, diplomáticos y materiales, del lado de la URSS y darle así a ésta posibilidades de aumentar su zona de influencia.

El imperialismo norteamericano nunca se alistó abiertamente por eso en el campo de una de las potencias coloniales para luchar a su lado contra un movimiento de emancipación nacional. En el caso totalmente significativo, a este respecto, de Indochina, el imperialismo norteamericano se negó participar al conflicto al lado del imperialismo francés (como lo deseaba y se lo pedía sin embargo éste), a pesar de que el Viet-Minh que dirigía la lucha del pueblo indochino estaba vinculada manifiestamente con la URSS. Los Estados Unidos prefirieron esperar los acuerdos de Ginebra de 1954 y la independencia formal de Vietnam, pese a ver la mitad de éste pasar en la órbita rusa, antes de alistarse en esta región.

Sin embargo el imperialismo norteamericano tampoco podía, sin destruir la cohesión del bloque occidental apoyar abiertamente las luchas de emancipación de los pueblos colonizados contra las metrópolis imperialistas que eran sus aliadas. Y en busca de apoyos, los dirigentes de estos movimientos de emancipación, sólo podían dirigirse hacia la URSS.

Tanto más cuanto que el problema no se planteaba sólo a las colonias en el sentido propio del término, y sólo en términos de independencia formal. En el transcurso de los treinta y cinco años pasados desde finales de la segunda guerra mundial, el mundo ha conocido múltiples luchas de pueblos formalmente independientes que intentaban liberarse del dominio del imperialismo que los explotaba. Muchas de esas luchas estaban dirigidas directamente contra el imperialismo norteamericano, como por ejemplo en el caso de Cuba. En ese caso la única posibilidad de ayuda exterior para los dirigentes de esos movimientos, era buscarla del lado de la URSS.

Pero en el bloque soviético, fuerzas hostiles a la burocracia rusa, y que estaban tentadas de buscar un apoyo por parte del imperialismo se han manifestado. En los años que siguieron la segunda guerra mundial, se trataba esencialmente de las burguesías nacionales de los países del «glacis» soviético. Si esas burguesías han desaparecido casi por completo (al menos la gran burguesía) tras las transformaciones económicas y sociales que conocieron esos países a finales de los años cuarenta, subsisten en las Democracias Populares fuerzas nacionalistas burguesas que tienen bases sociales, capaces de estar atraídas por el imperialismo. Y ello, en el mismo seno de los aparatos de Estado de esos países.

El puro y simple mantenimiento de la situación mundial que existía en 1945, al final de la segunda guerra mundial, era pues imposible, por más que lo hayan deseado los líderes de los dos campos, el imperialismo norteamericano y la URSS. De una y otra parte, fuerzas laboraban en permanencia para poner en juego este equilibrio. Este equilibrio sólo se mantuvo a través de una lucha constante del imperialismo y de la URSS, cada uno procurando a la vez mantener la dominación sobre su zona de influencia, e intentar extenderla allí donde fuera posible sin conflicto directo, de manera que compensara las pérdidas que podrían sufrirse en otras partes.

Ante ese problema el imperialismo norteamericano llevó a cabo sucesivamente dos políticas diferentes.

LA GUERRA FRÍA Y EL «CONTAINMENT»

Después de la segunda guerra mundial las relaciones entre la URSS y el imperialismo norteamericano, aliados la vispera, se deterioraron

rapidamente. Pero el comienzo de lo que se llama la «guerra fría» puede datarse de la primavera de 1947, con el lanzamiento del «plan Marshall», que bajo pretexto de «ayuda» a los países que habían sufrido de la guerra tenía el objetivo de reforzar la influencia del imperialismo norteamericano.

Esta ayuda no va sin contrapartida. En Europa occidental, se acompaña de presiones norteamericanas cuyo objetivo es la expulsión de los ministros comunistas de los gobiernos francés, italiano, etc., lo que se realizó rápidamente.

Pese a ello, el plan Marshall suscita un cierto número de tentaciones en los países del glacis soviético, en los que ciertos gobiernos están dispuestos a negociar. La URSS reacciona, eliminando de la vida política de esos países, y naturalmente de sus gobiernos, todos los partidos políticos burgueses tradicionales, que hasta entonces habían estado incluidos en «frentes nacionales». En el interior mismo de los Partidos Comunistas, el final de los años cuarenta y el principio de los años cincuenta se señalaran por toda una serie de purgas y grandes procesos, que perseguían esencialmente a los elementos calificados de «titistas», es decir que podían hacer pasar los intereses nacionales de sus países antes de los de la URSS. La reacción rusa conduce pues a hacer caer entre la Europa del Este y la del Oeste la famosa «cortina de hierro», destinada a aislar su zona de influencia.

Sin embargo, el período empezará por ver a la URSS extender su campo, a pesar suyo además. Sintiendo fuerte por el apoyo norteamericano Chang-kai-Chek vuelve a abrir de nuevo las hostilidades contra las fuerzas de Mao-tse Toung precisamente en esa primavera de 1947, pese a que el

Partido Comunista Chino sea partidario de un compromiso (y que la URSS empuja además en ese sentido). Chang sólo dejó al PCCH como posibilidad luchar o desaparecer. Pero error monumental: en el espacio de dos años se le barre de China continental. La política de apoyo del imperialismo US a Chang-kai-Chek lleva a la nueva República Popular de China, proclamada el 1° de octubre de 1949, a alinearse en la zona de influencia soviética.

En adelante, toda la política extranjera de los Estados Unidos va a estar dominada por la idea de impedir que de nuevo pueda ampliarse el bloque de los aliados de la URSS. Y cuando Corea del Norte (perteneciente a ese bloque) intenta en junio de 1950 reunificar por la fuerza todo el país (que estaba dividido en dos desde 1945), el imperialismo norteamericano interviene militarmente, so capa de la ONU. Durante tres años los dos campos se van a enfrentar, «soldados de la ONU» por un lado y «voluntarios» chinos por el otro, hasta que un armisticio ratifique de nuevo la división en dos de Corea a partir del 38° paralelo, la misma línea de partición de 1945.

Los Estados Unidos, en nombre de esta misma política de «containment» del campo soviético interviene en Vietnam del Sur después de la retirada del imperialismo francés de Indochina, para impedir al resto de la península indochina que se unifique al Vietnam del Norte en el campo soviético.

Esta política norteamericana no impidió sin embargo que la URSS se encontrara un nuevo aliado, en el mismo continente americano, Cuba, después que Fidel Castro hubo decidido buscar una ayuda en dirección de la URSS, antes que ceder a



Tito's death is bound to raise problems as to his successors, because he has concentrated tremendous powers in his hands.

La muerte de Tito que concentra en sus manos un poder enorme va a crear inevitablemente un problema de sucesión.

las presiones del imperialismo norteamericano. Es verdad que cuando Castro tomó el poder en 1959, lo hizo con la bendición del imperialismo norteamericano, a quien Castro aparecía entonces como un político con el que debía ser posible colaborar; y que luego una intervención militar corría el riesgo de enfrentarse a todo un pueblo movilizado, como lo probó el episodio del desembarco de la bahía de Cochinos en 1961.

Cuatro años más tarde, la brutal intervención de los «Marines» en Santo Domingo mostraba además que el imperialismo norteamericano no estaba dispuesto a dejar que se desarrollasen situaciones capaces de crear nuevos Cuba.

EL ESTANCAMIENTO NORTEAMERICANO EN VIETNAM, Y EL FIN DE LA POLÍTICA DE «CONTAINMENT»

Ha sido la evolución de la situación en Vietnam la que ha llevado finalmente al imperialismo norteamericano a revisar la política que había adoptado en 1949-59. En efecto, el desarrollo creciente del empeño norteamericano en Vietnam que les obligó a llevar la guerra aérea en el Norte, y a alinear varios centenares de miles de hombres en el terreno, no solucionó en nada la situación. Los éxitos logrados pese a ello por el Frente de Liberación Nacional, durante la ofensiva del Thét en febrero de 1968, subrayaron al contrario la incapacidad del imperialismo norteamericano de vencer a un pequeño pueblo en lucha por su independencia.

A partir de entonces, los Estados Unidos se orientaron hacia la búsqueda de una solución negociada (en la que era evidente que a término, podía desembocar en la

reunificación de Vietnam, y en consecuencia que pase el Sur a la zona de influencia soviética), pero ello en el marco de una solución global para el Sudeste asiático, incluyendo China que el imperialismo norteamericano boicoteaba desde hacía unos veinte años.

A la política de «containment» rígida que había llevado a cabo de 1950 a 1968, y que había mostrado sus debilidades, el imperialismo norteamericano substituía la búsqueda de un equilibrio más flexible que no excluía deslizamientos en las zonas de influencia de los dos bloques.

Esta política le llevó a aceptar por ejemplo, el dejar a la URSS ocupar algunas posiciones nuevas en África y en Asia (caso de Afganistán). Pero le permitió separar más completamente a China de la URSS (los dos países estando separados por numerosas divergencias de interés desde el principio de los años sesenta), e incluso de ganar un aliado potencial.

LA DISTENSIÓN NO ES UNA GARANTÍA PARA LA PAZ MUNDIAL

Pero la política de «distensión» llevada a cabo por el imperialismo norteamericano desde hace unos diez años no es una garantía para la paz mundial. No aleja el riesgo de guerra, en la medida en que éste no depende tanto de las relaciones entre el campo imperialista y la URSS, como de las posibilidades de desequilibrio brutal entre los dos campos, capaces de aparecer en el mundo en todo momento, por la voluntad de los pueblos deseosos de discutir el orden imperialista.

Lo que ha pasado en Irán, y en el mundo islámico desde hace un año, da una idea del tipo de situación que podría llevar al imperialismo norteamericano a lanzarse en una aventura

mililar que puede desembocar en un conflicto mundial.

Los Estados Unidos manifiestamente se han planteado en el transcurso de este año el problema de intervenir en Irán. Han optado claro, por no hacerlo hasta ahora, y como no sea a causa de nuevos desarrollos de la situación, una intervención militar norteamericana en Irán parece cada vez menos probable. Pero si hubieran decidido intervenir, hubieran encontrado sin duda dificultades considerables, no sólo en Irán, sino probablemente en todo el mundo árabe y el mundo musulmán.

Las manifestaciones anti norteamericanas que se desarrollaron en Pakistán después de la toma de rehenes de los diplomáticos norteamericanos en Irán, los acontecimientos que acaban de desarrollarse estas últimas semanas en Arabia Saudita y en Túnez, todo ello prueba hasta qué punto hoy la situación es explosiva en el mundo musulmán. Además, los más fieles apoyos del imperialismo norteamericano en esta región del mundo, como los dirigentes sauditas, se han sentido obligados a marcar algunas distancias, con relación a una eventual intervención norteamericana en Irán. Esta prudencia no era sin duda fortuita, ya que si los Estados Unidos hubieran decidido intervenir, el odio acumulado contra el imperialismo entre todos esos pueblos hubiera muy bien podido explotar, y barrer los regímenes que hubieran aparecido demasiado vinculados a ese imperialismo.

En realidad, los Estados Unidos no hubieran podido intervenir en Irán sin tomar el riesgo de provocar un levantamiento de todos los pueblos islámicos. Es además sin duda uno de los principales motivos por los cuales finalmente han decidido no hacerlo. Pero el imperialismo no sería el imperialismo, si se pudiera

descartar a priori toda intervención de ese tipo. Y, en otro momento, en otra aérea geográfica, o en esta misma, una intervención de ese tipo sigue siendo perfectamente posible.

Así pues, si los Estados Unidos hubieran decidido intervenir en Irán, hubieran tomado el riesgo de empeñarse en una guerra que les hubiera podido oponer, no sólo al pueblo iraní sino también al conjunto del mundo musulmán. Basta con recordar como pese a su potencia material, pese al recurso a las armas más bárbaras, el ejército US fue incapaz de hacer reinar la ley del imperialismo norteamericano en Vietnam, para imaginar lo que podrían ser las dificultades y la importancia de una intervención norteamericana contra la que se levantarían los pueblos de todo el Oriente Medio. Fueron necesarios más de 500 000 hombres al ejército norteamericano en Vietnam, para (mal) sujetar a un pequeño país de 17 millones de habitantes. ¿Cuántos le serían necesarios para ocupar todo el mundo musulmán ?

Pues bien, ello significa que si los Estados Unidos hubieran optado por intervenir en Irán a término, ello hubiera podido conducirlos a un conflicto abierto con la URSS.

La Unión Soviética no tiene nada que ver con el desarrollo de la situación en Irán. No tiene nada que ver tampoco, con la efervescencia que sacude el mundo musulmán. Incluso la teme, como lo ha demostrado al intervenir en Afganistán, no sólo porque amenaza su influencia en ese país, sino también porque probablemente puede contagiarse a los pueblos musulmanes de la URSS.

Pero el imperialismo norteamericano no podría entablar una guerra prolongada, cara, impopular, contra pueblos enteros, que sea en el Oriente Medio o en cualquier parte

del mundo, sin plantearse el problema de intervenir al mismo tiempo contra la URSS. Incluso si ésta no tiene manifiestamente nada que ver. Pues sin ello sería tomar el riesgo de ver progresivamente degradarse el equilibrio de fuerzas a escala mundial en favor de la URSS. El imperialismo norteamericano no podría aceptar mucho tiempo agotarse en una guerra interminable contra una parte del Tercer Mundo sublevado contra su dominación, dejando a su principal adversario potencial descartado del conflicto. Se vería tanto más tentado de arrastrarle a ese conflicto. Estaría tanto más tentado de arrastrarlo a ese conflicto ya que, por una parte, podría ser un medio, en nombre del anticomunismo, de intentar unir tras él todas las fuerzas burguesas del mundo. Y ya que por otra parte el imperialismo podría considerar con mucha razón que atacándose a la URSS se ataca a la raíz del mal.

Pese a la política de sus dirigentes, perfectamente dispuestos a colaborar con el imperialismo, a servirle de gendarme, la URSS por el sólo hecho de su existencia, por el hecho de que en 1917 una parte del mundo ha escapado a la dominación del imperialismo, ha sido un factor decisivo para que algunos pueblos del Tercer Mundo aflojen sus vínculos con él, o estén mañana tentados de hacerlo, aprovechando las posibilidades de ayudas diplomáticas, materiales y económicas, que la propia lucha de la URSS para resistir a la presión del imperialismo les ofrece.

Además es por eso, por lo que la

política de «coexistencia pacífica» con el imperialismo no sólo es un renunciamiento a la lucha revolucionaria sino también es a término, una trampa sangrienta para todos los oprimidos y para todos los pueblos de la tierra.

La evolución del mundo durante los últimos cuarenta años, la supremacía incontestada del imperialismo norteamericano con respecto a las demás potencias imperialistas, vuelve imposible que se renueve de forma idéntica el escenario que había conducido a la primera y a la segunda guerra mundial. Pero el imperialismo no ha cambiado de naturaleza. Si una revuelta de los pueblos del Tercer Mundo atacara sus posiciones, no vacilaría en hundir al mundo en un nuevo conflicto mundial, que costaría sin duda a la humanidad infinitamente más, dado lo que son los medios modernos de destrucción, en bienes materiales, en destrucciones de todo tipo, y en vidas humanas, que las dos primeras guerras mundiales.

Esta vez, es la existencia misma de la humanidad la que podría estar amenazada mediante un holocausto nuclear. Si desde hace treinta y cinco años, el mundo no ha conocido a escala del planeta la guerra, cada una de las intervenciones de una potencia imperialista que han tenido lugar durante este período —el imperialismo francés en ese plano no ha sido el último— debe recordarnos que es posible.

La frase de Jaurès sigue siendo válida. El imperialismo lleva siempre la guerra en él, como la nube la tormenta.

La sucesión de Tito : ¿riesgo de inestabilidad en Yugoslavia ?

Se pregunta hoy sobre lo que será el post-Tito, como en otros tiempos se preguntaba lo que sería el post-Stalin, o post-Mao, post-Franco o Salazar.

A ese respecto, sólo se pueden naturalmente formular hipótesis. Según el diario *Le Matin*, el mariscal habría dicho recientemente a sus próximos colaboradores : «*No temo nada, no temáis nada tampoco. Cuando muera, no pasará nada, todo seguirá como antes.*»

Puede ser en efecto, que Tito, si realmente es el autor de esta frase, no se equivoque en sus previsiones. No habrá sido ni el primero ni el último dictador en desaparecer de la escena política sin que su muerte acarree una grave crisis política o trastornos mayores.

La muerte de un dictador que concentra en sus manos un poder extraordinario crea de por sí un problema de sucesión. Pero nada indica que los pocos hombres entre los que se reparte la dirección de los principales aparatos del Estado no estén ya de acuerdo, al menos provisionalmente —de grado o en función de pugnas de intereses ya pasadas— con una forma de sucesión admisible para cada uno de ellos. Y cuando la pugna de intereses entre pretendientes estuviere aún por venir, podría desarrollarse en el secreto de

las reuniones de las esferas superiores del Estado y del Partido, sin dar de ninguna manera la ocasión a capas más amplias de la población de intervenir, o sencillamente de estar informada de ello. La sucesión del difunto padrecito de los pueblos, Stalin, mostró en su momento, cómo pretendientes podían estrangularse o liquidarse a tiro limpio en las reuniones del politburó, tomando escrupulosamente al mismo tiempo la precaución de que sus enfrentamientos no desborden un restringido círculo. Los más ambiciosos aspirantes a la sucesión de dictadores difuntos, tanto en las dictaduras de la burguesía como en las de la burocracia, saben tener el sentido de las responsabilidades.

Lo que Tito, en tanto que dirigente político responsable, podía temer en su entrevista con el periodista de *Le Matin*, no era sin duda la forma con la que sus lugartenientes iban a repartirse la herencia. Mucho más grave es el problema de saber si el equilibrio establecido en torno suyo, en un país tradicionalmente dividido por una multitud de antagonismos, envite además de una competición entre los dos bloques, puede mantenerse después de su muerte.

Pues ese equilibrio precisamente es reciente, y en amplia medida, vinculado a la carrera y al papel políticos de Tito.

YUGOSLAVIA : UNA UNIDAD NACIONAL RECIENTE...

Cabe recordar, en efecto que la unidad nacional de Yugoslavia es muy reciente. Incluso en el plano formal, sólo data de 1919.

Las potencias imperialistas de la Alianza que dibujaron su configuración en el momento del tratado de Versalles por cierto crearon un Estado destinado a estar sometido a su influencia. Pero lo crearon a partir de un mosaico de unos quince pueblos, separados en el caso de unos de ellos por una vieja tradición de antagonismos, divididos además entre tres religiones en competencia, a los cuales se impuso a guisa de factor de única unificación una dictadura feroz, bajo la forma de una monarquía que sólo favorecía la componente serbia de la población.

Esta unidad artificial no resistió a las convulsiones de la segunda guerra mundial. Apoyándose sobre las rivalidades étnicas y religiosas, Alemania, Italia, Bulgaria, y Hungría desmembraron el Estado yugoslavo, acaparando directamente algunas de sus regiones y creando un Estado fantoche croata.

El sentimiento nacional yugoslavo, que supera los particularismos locales, en realidad nació verdaderamente de las condiciones atroces de la ocupación y de la resistencia nacionalista que engendraron. Y son precisamente Tito y el PC yugoslavo los que supieron organizar esta resistencia y encarnar ese nacionalismo.

El PCY era un pequeño partido estalinista, dividido y perseguido al principio de la guerra, y Tito un desconocido. La resistencia oficial, patrocinada por el gobierno monárquico refugiado en Londres, que sólo reconocía el imperialismo angloamericano y el gobierno soviético,

era la de los «Cheniks» de Mijailovich. Pero esta resistencia, encerrada en un nacionalismo estrechamente serbio, demasiado y profundamente vinculada a los círculos dirigentes feudales para atreverse a llamar al campesinado pobre que constituía la mayoría de la población, se mostró más apresurada en diezmar a los croatas y a los comunistas que en combatir la ocupación alemana o italiana.

En el terreno, la única resistencia nacionalista yugoslava, que encarnaba frente a la ocupación las aspiraciones nacionales de todas las nacionalidades diversas, se constituyó en torno a Tito. Al final de la guerra, Tito había forjado un ejército de ochocientos mil hombres, capaz de combatir eficazmente al ejército alemán y sobre todo, en el momento del derrumbamiento de Alemania, de tomar el poder evitando a Yugoslavia el verse ocupada por las tropas de las potencias victoriosas, particularmente por las tropas soviéticas.

En aquel tiempo, Tito pasaba por ser un dirigente estalinista como los demás, es decir un defensor de los intereses de la burocracia estalinista en su país. Pero al ganar, con un programa nacionalista, una sólida base popular, el PCY se transformó de modesto portavoz de la burocracia rusa en la expresión de un nacionalismo yugoslavo cuyos intereses no coincidían necesariamente con los de la URSS estalinista.

Para poder predominar, el nacionalismo encarnado por Tito debió afirmarse contra la tutela estalinista ya durante la resistencia, y mucho antes de que interviniera una ruptura pública.

Preocupado por tratar con precaución a sus aliados anglosaxones, Stalin presionaba a Tito para que se pusiera de acuerdo con Mijailovich y para que aceptara la autoridad del

gobierno monárquico en el exilio. Stalin sólo reconoció a Tito, en tanto que dirigente de la resistencia nacionalista, cuando los aliados anglosaxones, al constatar la evidente pasividad de Mijailovich acabaron por apoyar a Tito, al menos suministrándole armas.

Así pues, es en un solo y mismo movimiento de resistencia contra las presiones extranjeras que se forjaron a la vez, una conciencia nacional yugoslava que supera los particularismos locales, y la autoridad de Tito, reconocido como árbitro por las diferentes nacionalidades, cuyos particularismos, sin embargo, e incluso antagonismos no desaparecieron por eso. Y aún es en el delicado juego de equilibrio para preservar la independencia nacional de Yugoslavia durante los años de post-guerra que la una y el otro perdurarían.

...Y UNA POLÍTICA DE EQUILIBRIO ENTRE DOS BLOQUES

En los acuerdos concertados entre Stalin, Roosevelt y Churchill durante la guerra, la Yugoslavia de la post-guerra debía pertenecer mitad a la zona de influencia anglosaxona y otra mitad a la zona de influencia de la URSS. Al forzar la mano a los unos y a los otros, el estalinista Tito que se apoderaba el poder parecía llevar a Yugoslavia completamente hacia el bloque soviético. Esta impresión se veía reforzada por las tomas de posición de Tito, que daba pruebas de una hostilidad violenta a las potencias occidentales que seguían manteniendo relaciones con la monarquía yugoslava destituida, y que se oponían a las reivindicaciones de Tito sobre Trieste.

Pero a partir de mayo de 1945, Tito subrallaba que su apoyo al lado soviético se hacía con plena independencia y definía sus límites : «*Ya no*

queremos depender de nadie, se escriba lo que se escriba y se diga lo que se diga... No queremos servir de moneda de complemento, no queremos que se nos relacione a yo no se qué política de esferas de intereses» declaraba Tito dirigiéndose explícitamente a los occidentales, implícitamente a los soviéticos.

Al sobrevenir la guerra fría, Stalin decidió someterse más firmemente las Democracias Populares en las que diferentes signos —particularmente la buena acogida que sus dirigentes reservaron a las proposiciones de «ayuda» del Plan Marshall— le hacían temer, con mucha razón, que escaparan a la órbita soviética para unirse al campo occidental. La presencia del ejército soviético, que había ocupado los países del glacis permaneciendo en ellos, garantizó la llegada al poder de dirigentes que presentaban todas las garantías a la URSS en las Democracias Populares. Para Yugoslavia era distinto. Ninguna tropa soviética estacionaba en el país y sus dirigentes no habían recibido el poder de las manos de Stalin.

Sin embargo, varios años de estrecha colaboración, la presencia de numerosos consejeros soviéticos en el Estado y el ejército así como el origen estalinista del PCY permitían a Stalin pensar que podría, sino obligar a Tito a inclinarse, al menos ayudar a la fracción pro-soviética del PCY a eliminarlo como más tarde ocurriría en las Democracias Populares en donde, tras haber eliminado a los partidos pro-occidentales, los responsables del PC que habían dirigido la resistencia, fueron eliminados a su vez al verse sospechados de nacionalismo.

Stalin intentó hacer ceder al PCY, al conjugar las presiones económicas, las manipulaciones en el Estado y en el Partido. Sin resultado. En

junio de 1948, la fracción pro-soviética dirigida por Hebrang y Juyavich fue eliminada. Expulsado del Kominform, sometido a un fuego graneado de insultos y de amenazas, Tito no cedió. Sin embargo, para oponerse a las amenazas soviéticas dió garantías a los occidentales: en julio de 1949 Yugoslavia ponía un término al apoyo que hasta entonces había otorgado a los comunistas griegos que llevaban a cabo una guerrilla contra su gobierno pro-occidental. En junio de 1951, Tito solicitaba una ayuda militar norteamericana y dos meses más tarde aceptaba una ayuda económica.

La Yugoslavia de Tito ha sabido resistir a Stalin en nombre del nacionalismo. Por su parte, ese nacionalismo ha sido alimentado durante los años siguientes por el sentimiento de una amenaza exterior próxima. La política exterior de «no alineamiento» de Tito y su política interior encaminada a frenar las fuerzas centrífugas de los micro-nacionalismos, se complementaban estrechamente.

Al afirmar y defender la independencia nacional de Yugoslavia frente a Stalin, Tito no volcó por eso completamente en el campo occidental. ¡No por convicción ideológica, en nombre de la común referencia «comunista»! Pero, para Yugoslavia como para todos los países, generalmente subdesarrollados, que han accedido recientemente a la independencia nacional, preocupados de salvaguardar al menos un cierto margen de independencia política, el juego de equilibrio entre los dos bloques abre una vía estrecha. Tito se ha convertido en un experto de ese arte difícil que consiste en apoyarse en el bloque soviético para limitar las pretensiones occidentales y viceversa. Incluso se ha convertido en una especie de precursor para numerosos países subdesarrollados. La

idea del «no alineamiento» contaba con otros patrocinadores y sobre todo ha alcanzado la longevidad de Tito. Pero quizás ninguno tenía una base popular y una autoridad parecidas.

Desde la ruptura estruendosa con la URSS, las relaciones soviético-yugoslavas, aunque todavía marcadas por la desconfianza, han conocido períodos de distensión alternando con períodos de tensión viva. La muerte de Stalin condujo a una relativa distensión puntuada por las visitas de Kruchev y de Bulganin a Belgrado en junio de 1955, de Tito a Moscú en 1956, y de nuevo de Kruchev a Belgrado en septiembre de 1956, poco antes de los acontecimientos de Polonia y Hungría que acarrearían de nuevo una deterioración de las relaciones entre los dos Estados. Igualmente la intervención soviética en Checoslovaquia en 1968 suscitó, tras varios años de distensión, un nuevo período de tensión.

La coincidencia entre los períodos de tensión entre Yugoslavia y la URSS y las intervenciones de esta última en las Democracias Populares no prueba en absoluto que Tito se solidarizó de los pueblos húngaro, polaco o checoslovaco. Pero Tito tenía motivos para considerar la intervención armada de las tropas rusas en Hungría o en Checoslovaquia como una amenaza contra su propia seguridad.

Pese a ella, Yugoslavia constituye para las Democracias Populares el ejemplo de un país que, habiendo pertenecido durante un tiempo a la zona soviética, ha logrado emanciparse de ella. De ahí las virulentas acusaciones y las amenazas de los burócratas del Kremlin a su respecto cada vez que están obligados a intervenir para mantener su dominación en Europa del Este. Al responder en los mismos términos y al proclamar su simpatía

por las víctimas de la represión del Kremlin, Tito no considera el destino de los pueblos oprimidos sino la independencia nacional yugoslava.

¿UNA YUGOSLAVIA INSTABLE ?

Tito tenía autoridad para dominar las numerosas contradicciones de Yugoslavia, pero no las ha resuelto. En el plano únicamente interno, sus sucesores se verán confrontados, como lo estuvo Tito también al final de su reino, a problemas sociales ardientes y un renuevo de los antagonismos nacionales, pero esta vez sin el prestigio del viejo mariscal.

Pese a sus pretensiones a la referencia «comunista», y pese a sus porcentajes de desarrollo económico, Yugoslavia sigue siendo aún un país subdesarrollado, uno de los más pobres de Europa. Incluso el mayor grado de desarrollo gracias al estatismo económico, gracias también a los sacrificios y a los esfuerzos pedidos a la población obrera y campesina en nombre de la independencia nacional e incluso de la construcción del comunismo, conduce desde hace algunos años a una accentuación manifiesta de las desigualdades sociales. Pese al régimen fuerte, esas desigualdades han desencadenado en repetidas ocasiones luchas obreras. Aspecto no despreciable: la emigración forzada de varios centenares de miles de obreros yugoslavos hacia el occidente capitalista ha podido aparecer durante algunos años como una solución, pero con la crisis y el despido de esos trabajadores, aumenta aún los problemas.

Por otra parte las desigualdades sociales en el desarrollo económico al interior mismo de Yugoslavia se han adaptado en una cierta medida a los contornos de las regiones nacionales. Hay regiones muy pobres, y

otras que, en comparación, parecen ricas. Los particularismos nacionales parecen haber recobrado un nuevo vigor.

Tanto más que, incluso en el dominio de las relaciones entre pueblos que constituyen Yugoslavia, el régimen de Tito no ha resuelto los problemas. Ya que para ello, hubiera sido necesario algo más que los procedimientos jurídico-políticos, del estilo de dar por turnos algunos puestos de responsabilidad en la cumbre del aparato de Estado y del Partido entre representantes de las diferentes nacionalidades. Hubiera sido necesario un grado de democracia y de control popular que el Estado yugoslavo jamás conoció, pese a todas las sandeces sobre el «socialismo autogestionario». Los particularismos nacionales parecen constituir, aún hoy, una potente fuerza centrífuga de por sí, tanto más que los sentimientos «micro-nacionalistas» vehiculan muchos otros sentimientos de descontento o de oposición que son en cuanto a ellos, sociales.

Si no se quiere caer en la política ficción, no se trata evidentemente de adivinar cuál de los antagonismos interiores podrá conducir a Yugoslavia hacia una crisis grave —ni tampoco si uno de esos antagonismos la llevará a una crisis grave precisamente en este momento, con ocasión de la sucesión de Tito.

Pero en cambio, se perciben muy bien los motivos capaces de obligar a que los sucesores de Tito sean muy prudentes. Lo suficiente en todo caso como para no permitir que sus desacuerdos se hagan públicos, por temor a que desborden el estrecho círculo de los altos dignatarios del régimen. Todo deja pensar que los lugartenientes de Tito tendrán ese sentido de responsabilidad, o si se prefiere, ese sentido de la

razón de Estado, esa conciencia de clase. Del mismo tipo que esa conciencia que, en circunstancias y según modalidades diferentes, han conducido a los herederos de Stalin o de Mao, como igualmente a los de Franco o Bumedien, a que se prohiba todo lo que podría permitir que amplias capas de la población intervengan en sus disputas internas. Los dirigentes yugoslavos no desean, como tampoco los demás, contribuir a que sus conflictos por el poder puedan cristalizar los enfrentamientos de fuerzas sociales.

Es la rivalidad entre grandes potencias la que parece acarrear el mayor riesgo de inestabilidad en Yugoslavia.

Gracias a un juego de equilibrio delicado, Tito consiguió salvaguardar un incontestable margen de independencia con respecto a los dos bloques para un país que, por su posición geográfica al límite de las dos zonas de influencia, y por su posición diplomática en particular con respecto a los países del Tercer Mundo, siempre ha interesado altamente a las dos grandes potencias rivales. Igualmente ha logrado conservar al régimen un aspecto de unidad en el exterior. Las fuerzas de atracción opuestas de la URSS y del bloque occidental no crearon en el pasado una línea de separación al interior del equipo dirigente, incluso en los numerosos momentos de «cambios de rumbo» diplomáticos que la política de equilibrio requería. En todo caso, no la han creado de forma perceptible, tan incontestable era la autoridad de Tito. Claro, ha habido dirigentes eliminados en nombre de acusaciones de simpatía por tal o cual bloque, pero era un buen procedimiento para Tito acusar a aquellos que deseaba eliminar, de mostrar menos apego que él a la independencia nacional.

La URSS como los USA siguen tentados si no de atraer cada uno a Yugoslavia un poco más en su propia órbita, al menos de impedir al otro de hacerlo. Las recientes declaraciones de Carter al afirmarse dispuesto a «*proteger Yugoslavia en tanto que país no alineado*» y la réplica de la agencia Tass según la cual «*Yugoslavia no está dispuesta a caer en los brazos de los Estados Unidos*» prueban que las dos grandes potencias se muestran vigilantes.

En caso de luchas de fracciones en la cumbre por la sucesión de Tito, cada una de las grandes potencias estará tentada de intervenir para mejorar sus posiciones. Al menos apoyando bajo mano tal pretendiente contra tal otro. Y quizás más.

La agravación de la tensión internacional sólo puede acrecentar la preocupación de los dirigentes de cada bloque de impedir al de enfrente de atraer a Yugoslavia a su esfera de influencia. Ahora cuando el imperialismo norteamericano se encuentra confrontado a dificultades con el Irán de Jomeini, y que la proximidad de las elecciones impone a Carter un lenguaje marcial frente a la presencia soviética en Afganistán, no se puede excluir hasta e incluso una ayuda militar norteamericana a aquellos de entre los dirigentes yugoslavos que parezcan los más capaces de impedir que el régimen yugoslavo vaya en dirección del campo dominado por la URSS.

Y si se tienen todos los motivos de suponer que los dirigentes yugoslavos, incluso en caso de violento conflicto por el poder, se negarán a recurrir al arbitraje de su propia población, no tienen en cambio las mismas razones de seguir siendo solidarios ante la intromisión de las grandes potencias rivales.

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : France	FF 5
Spain	ptas 80
USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 *Closedmail* : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,
Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar FF 70

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.